

Ciencia Aventura

LOS GUARDIANES DEL LAGO

Diario de un arqueólogo en la tierra de los maasai



Jordi Serrallonga

Editorial Mondadori, Barcelona 2001

(páginas 94-99)

ANTE LA MORADA SAGRADA DEL DIOS *ENGAI*

/.../

Escondida tímidamente detrás del Kerimasi, apareció la silueta de una montaña aislada... no hizo falta que Luis dijese nada. Aunque era la primera vez que me encontraba ante su presencia, desde el principio supe que aquel volcán sólo podía ser el *Oldoinyo le Engai*.

Como científico dedicado al mundo de los orígenes humanos me considero un agnóstico empedernido. Admiro, o quizás envidio, a la personas religiosas, capaces de creer ciegamente que existe una segunda vida en el más allá. Yo, por el contrario, únicamente creo en la certidumbre que me da la ciencia de que la vida nace, se reproduce y –en ocasiones– muere sin que uno tenga tiempo de aprender y experimentar todo lo que hubiese querido. Irremediamente, la ciencia es mi dogma (...). Como dice Richard Dawkins en *Destejiendo el Arco Iris*:

"El asombro reverencial que la ciencia puede proporcionarnos es una de las más grandes experiencias de la que es capaz la psique humana. Es una profunda pasión estética comparable a la música y la poesía más sublimes. Es, ciertamente, una de las cosas que hacen que valga la pena vivir, y lo hace de manera más efectiva, si cabe, al convencernos de que nuestro tiempo de vida es finito".

/.../

Solo, en silencio, me quedé observando la majestuosa estampa del *Oldoinyo le Engai*. A pesar de mi agnosticismo religioso, hube de acabar reconociendo que, ante la necesidad de buscar morada para un Dios todopoderoso, yo también me hubiese decantado por aquel imponente volcán. Precisamente, *Oldoinyo* es una expresión que en lengua *maa* significa *Montaña de Dios*, ya que es en la cima de aquel pico solitario, según narran las historias de los viejos *laibones maasai*, donde vivía el Dios *Engai*, el creador de esta etnia de ganaderos.

Reza la leyenda, *Engai* tuvo tres hijos: al primero le entregó un arco y una flecha para que cazase, al segundo una azada para cultivar la tierra y al tercero un bastón para conducir el ganado. Este último llevaba por nombre *Natero Kop* y fue el único que sobrevivió, dando así origen a la estirpe de los *maasai*. Desde entonces, este pueblo ha hecho girar toda su vida alrededor del ganado, y cada año acuden a la falda del volcán para con sus sacrificios rogar a *Engai* por la fertilidad del ganado y las mujeres.

Los *maasai* cuantifican su riqueza en función del número de cabezas de ganado que posee cada hombre. Cuantas más reses, más mujeres podrán formar parte del harén y, consecuentemente, más hijos e hijas podrán dedicarse al cuidado tanto del ganado como de las labores domésticas. Los niños, desde muy pequeños, ya deambulan con los rebaños; más tarde, en su larga vida como guerreros, continuarán vigilándolos e incluso, esporádicamente, robarán el ganado de otras etnias para sumarlo al de la comunidad. Tras la etapa militar, su máxima preocupación será desposarse cuantas más veces mejor a medida que el número de vacas y cabras vaya incrementándose con el paso del tiempo. Las niñas, en cambio, vivirán al lado de sus madres aprendiendo los secretos de la construcción de las cabañas, el arte culinario, la fabricación de joyas o la recolección de leña, frutos, plantas medicinales y agua. Es por eso por lo que cuando el hombre *maasai*, tras su flamante época de guerrero *morán*, deviene un simple observador del mundo que le rodea –huyendo del calor para esconderse bajo las acacias, jugando y charlando con los amigos– le interesará integrar más mujeres a su familia para así procrear más hijos e hijas capaces de hacer posible el aumento del rebaño y el tamaño del poblado. Así las cosas, no hace falta señalar que entre los adultos, el trabajo de la mujer *maasai* es mucho más duro que el del hombre; con toda probabilidad, cualquier occidental vería en los *maasai* una actitud que hoy tildaríamos de talante machista. Un aspecto éste seguramente heredado del Neolítico, es decir, del momento en que los seres humanos abandonamos los hábitos cazadores-recolectores propios de la economía predatora para convertirnos en productores.

Durante los 5 o 6 millones de años que siguieron a la aparición de los primeros homínidos, la familia humana vivió exclusivamente de los recursos que le brindaba la naturaleza, pero hace escasamente 10.000 años se produjeron una serie de circunstancias –cambios climáticos, crisis alimentarias, presiones demográficas, etc.– que condujeron a la humanidad hacia la implantación de una economía de producción caracterizada por la agricultura y la ganadería. Mientras que los grupos predadores del Paleolítico habían sido sociedades más o menos igualitarias, donde el trabajo de la mujer y el hombre estaba repartido en actividades básicamente recolectoras –femeninas– y cinegéticas –masculinas–, el Neolítico trajo consigo el desequilibrio en la división sexual del trabajo, la aparición de la propiedad privada y, consecuentemente, los primeros conflictos causados por la necesidad de proteger la riqueza acumulada. Así entraron en escena los primeros dirigentes, ladrones y soldados. Los hombres,

generalmente con la excusa de buscar un descanso merecido tras la guerra –el paralelo del *broker* en la bolsa o del camionero en la carretera– se rodearon de una serie de mujeres que mantenían la casa en buenas condiciones, además de cumplir con la tareas propias de la gestación y educación de la prole. Y eso es lo que ocurre con los *maasai*, lo mismo que ha ocurrido –y sigue ocurriendo– en todas las regiones donde, en su momento, se implantaron las bases del Neolítico.

En una ocasión, estaba yo con un *maasai* ya adulto bajo la sombra de una acacia cuando éste me indico que la vara situada junto a su bastón de mando estaba destinada a la conducción del ganado, aunque también la utilizaba para conducir y pegar a las mujeres. Nunca sabré si lo dijo medio en serio medio en broma puesto que, ante mi cara de estupefacción, estalló en sonoras carcajadas; ahora bien, a pesar de las referencias bibliográficas sobre castigos corporales que infligen los hombres *maasai* a sus mujeres, puedo afirmar rotundamente que a lo largo de las diferentes temporadas que he convivido con ellos nunca he visto episodios, ni secuelas físicas, de violencia doméstica. Por el contrario, sí que he sido testimonio de la extraordinaria dureza de algunos de los trabajos practicados por las mujeres.

Inamovible, el *Oldoinyo le Engai* continuaba siendo el centro de mi atención. Esa impresionante morada del dios de los *maasai*, el centro de sus mitos sobre la creación, es un volcán activo –geológicamente joven– cuyo perfil se aproxima al de un triángulo equilátero en cuyo vértice superior se sitúa el cráter, a 2.878 metros de altura. Éste gusta de mostrarse rodeado por una delgada nube blanca que le confiere un aspecto peculiar. Al verla allí siempre –día tras día, año tras año–, y aunque todos sepamos que no se trata de la misma nube, podría parecer como si alguien la hubiese colgado en aquel lugar para integrarla, como un elemento más de *atrezzo*, en medio de una escena de belleza inigualable. Las faldas del volcán están estriadas por las coladas de lava que, con motivo de erupciones precedentes, erosionaron las laderas en todo su perímetro. De lejos, el color de la montaña es de un azul grisáceo salpicado por pequeñas manchas blancas que el visitante suele confundir con acumulaciones de nieve pero cuya naturaleza, en realidad, se corresponde a lavas carbonatadas, únicas en el mundo. Así se explica que este singular capricho de la arquitectura geológica fuese escogido por los *maasai* como santuario sagrado.